

VI SEMANA DE TEOLOGÍA DE VIDA CONSAGRADA

(Quito, 6 de diciembre de 2014)

HOMILÍA

Lc 1, 26-38

Queridos hermanos y queridas hermanas:

Cada vez que escucho el texto de la Anunciación me gustaría ser poeta para poderle decirle a ella, a María, cosas bellas con bellas palabras. Ninguna mujer, como ella, con tan pocas palabras ha dicho tanto de Dios y a Dios. Ninguna mujer, como ella, nos ha acercado tanto al misterio de Dios. María sigue fascinando, sigue atrayendo, sigue evangelizando, sigue llevando la humanidad a Jesús, sigue, especialmente, sosteniendo la fe de los pequeños, de los humildes, de los pobres; sigue sosteniendo la fe de tantos y tantas que no ven más remedio en sus vidas que acudir a ella, a la Madre de Dios.

Me llama la atención de este texto que el anuncio no se hace en el templo sino en la casa de una mujer de corazón manso y humilde. Donde nadie lo esperaba. Me puedo imaginar el rostro de María: un rostro cargado de sorpresa, de admiración, de susto; de hecho, se turbó al escuchar al Ángel Gabriel. Un rostro cargado de interrogantes y quizá sonrojado al ser piroleada, saludada. Realmente el anuncio que el Ángel Gabriel le hizo fue toda una novedad para ella cuando no se acostumbraba a saludar a las mujeres. Novedad porque fue un mujer judía, y en la tradición judía Dios parecía estar más bien lejos, en su inalcanzable trono. Con el anuncio del Ángel Gabriel tiene la experiencia de un Dios cercano, amoroso, encarnado en lo cotidiano. María no se echó para atrás. Al contrario, acoge el saludo, acoge a quien la visita (al Ángel Gabriel), acoge el anuncio (la Buena Noticia), acoge al Espíritu, y al acoger al Espíritu acoge al Hijo de Dios, que es su mismo hijo: Jesús de Nazaret, el Cristo. María experimentó la fecundidad del Espíritu, lo que el Espíritu puede hacer si es acogido. María es una mujer que escucha, dialoga y obedece a Dios. María se fía de Dios, cree a Dios. María decidió confiar en Dios. Dios la sorprende y ante lo nuevo arriesga sin saber el final del camino. María hizo un viaje, salió de sí misma para dejar que Dios entre en su vida y la llene de gracia; salió de sí misma para que la Palabra de Dios entrara en ella y en ella se hiciera carne. María con su "Sí" miró al pasado con agradecimiento, pues vio las promesas cumplidas; vivió el presente con pasión, pues se convirtió en la primera discípula-misionera del Reino y servidora de la humanidad; abrazó el futuro con Esperanza, pues de ella nació el Salvador del mundo y nada es imposible para Dios.

Lucas relata la anunciación del nacimiento del Mesías con mucha meticulosidad: lugares, nombres, un mensaje bien concreto, descripción de cómo será la actuación de Dios,... Y es que el Misterio de la encarnación fue un

acontecimiento: histórico, serio, importante, crucial, salvador. Ya nada siguió siendo igual a partir de ese momento ni para María ni para nosotros. María aceptó este Misterio y con ello nació la Esperanza del mundo. El mundo no quedó sin esperanza.

Alégrense, hermanas y hermanos, por las veces que el Señor cada día, en lo cotidiano, les saluda de tantas maneras. Solo es necesario estar atentos/as.

Alégrense: la voz de Dios viene a nosotros de mil formas inesperadas, en los lugares menos pensados, en los rostros de los humildes y sencillos como el de María. Dios habló en la periferia a una mujer, de Nazaret de Galilea llamada María, y hoy día sigue hablando en las periferias. Y tú, ¿en qué periferias estás anunciando la Palabra de Dios?

Alégrense: cada vez que la Palabra es acogida por ustedes en plena confianza y disponibilidad de corazón, como fue acogida por María, da fruto, se encarna y experimentarán, como dice el Papa Francisco, que su potencial es enorme e impredecible (cf. EG 22).

Alégrense: al acoger el Espíritu Santo en sus vidas, como María, se van llenando de la gracia de Dios, sienten lo fecundo que es Dios, disfrutan de Dios y Dios con ustedes, se comprometen con Dios, viven en alianza con Dios, son capaces hasta de dar la vida por Cristo y su Evangelio, salen de ustedes mismos, de ustedes mismas para dejar a Dios ser misericordioso y consuelo de su Pueblo. Alégrense: al acoger el Espíritu en sus vidas, se hacen signos creíbles de la presencia del Espíritu (cf. Carta a todos los Consagrados con motivo del año de la VC- Papa Francisco) y de que por tanto el Espíritu no es una presencia impersonal.

Alégrense como María, pues nada es imposible para Dios. Confíen.

Alégrense: al decir “Sí” como María, iniciaron un día una historia de amor con Dios y Dios con ustedes. Al decir “sí” como María decidieron amar a Dios y al prójimo, decidieron hacer presente su Reino, decidieron asemejarse a su Hijo en su cruz y resurrección, decidieron anunciar la Buena Noticia. Al decir “Sí” a Dios dejan que Cristo viva en ustedes, viva en medio del mundo y siga siendo Él la esperanza para la humanidad.

Alégrense: al ser sencillos/as y humildes como María, no se desentienden de la humanidad, sino todo lo contrario, la sencillez y la humildad les acerca y les une, se hacen todo a todos, y de esta manera permiten que Dios se acerque y goce con su pueblo y que el pueblo se acerque y goce con su Dios.

Alégrense. Se lo repito: alégrense en el Señor, como María, pues el Señor está con ustedes. No estamos solos/as. Amén.

José Luis Domínguez